

Los principales involucrados en esta historia han evolucionado, cambiado para peor o mejor, envejecido. Enfrentan la vida ahora de otro modo. En mi caso están, entre otras pruebas, mis libros y películas post *Missing*. Sí está claro que algo clave y acaso sublime ocurrió con todos nosotros, en la familia, al momento de, uno, encontrar a Carlos y, dos, cuando la historia —*nuestra* historia— se materializó y articuló en forma de libro.

Este libro que, ahora lo tengo más que claro, fue por sobre todas las cosas una investigación.

Yo, más que escribir un libro, quería hacer algo concreto: encontrar a mi tío.

Pero a veces no basta encontrar a alguien.

No basta estar con alguien.

Se necesita algo más.

Pero insisto: esto es un epílogo, no una continuación. No contaré entonces lo que podría contar en un nuevo capítulo: no voy a hacerme cargo del «qué fue de...». Me lo preguntan cada tanto. En rigor me preguntan por Carlos y no por mi papá ni por mí. Creo que eso es lo que se espera de un texto extra de *Missing*: hacerse cargo de estos siete años: qué opinó Carlos (le encantó), dónde está ahora (en el desierto de California), qué hace (ya cumplió 70 años y ahora es casi mormón). Esa historia capaz que nunca la cuente.

¿Por qué entonces escribo un epílogo si no contaré nada o casi nada?

Porque contaré algo, algunas cosas, otras cosas.

Una es un comentario que hicieron mucho, en entrevistas sobre todo pero también a mí en vivo y en directo, relacionado con mi familia. Al parecer el libro lograba (como yo quería) empatizar con las dinámicas familiares de los lectores. Entonces algunos periodistas, on y off the record, me decían: oye, ¿cómo te dejaron?



¿Cómo?

¿Cómo te atreviste? ¿Cómo te dejaron?

En esos momentos, quizás sumergido en la paranoia habitual que uno siente al estar sacando y promocionando un libro, respondía rápido y seco:

No tengo quince, soy grande.

Y miraba a los ojos a mi interlocutor. Y algunos se enojaban y a otros les parecía gracioso. Con todo, una de las lecciones que me dio *Missing* al aparecer en las librerías es que en rigor había algo poco natural en sacar una historia así al sol. Sin duda, tenían algo de razón. Pero no por escribir un libro como este uno se vuelve, como Jack Torrance en *El resplandor*, un asesino de su propia familia.

¿A quién le pedí permiso?

A nadie, pero sí tuve un lector clave, que lo leyó primero que todos y que me acompañó en mayo de 2009 a Las Vegas para mostrarle en vivo a mi tío el manuscrito que ya había entregado a Alfaguara: mi padre.

A mi papá el libro no le pareció «para tanto» porque yo había sido tan exagerado al advertirle lo «fuerte» y «desubicado» y «tremendo» que era que luego de leerlo me dijo que esperaba más. Le había dicho: quiero que me acompañes a Las Vegas, como guardaespaldas, a entregarle el libro a Carlos para ver qué opina. Pero para eso debes leerlo tú antes. No te va a gustar. No te va a gustar lo que escribo de ti.

Lo leyó en dos días y me dijo: no era para tanto, yo quedo bien.

Organizamos el viaje; una oferta de esas paga uno y viajan dos. Luego de Las Vegas y el cierre y la firma de un documento donde mi tío aceptaba que usara su nombre y su historia, nos internamos en el desierto. La meta era el Monument Valley de las películas de John Ford y la

frontera, pueblos en la ruta 66, Albuquerque, Las Cruces, todo Arizona. Una road story. Ese viaje da para un cuento.

Algún día quizás lo escriba.

Lo importante es que nunca sentí que debía pedir permiso para escribir o publicar *Missing* pero sí quise que algunos involucrados lo leyeran antes.

Mi padre lo hizo.

Y lo hizo Carlos en Las Vegas y me dijo: es casi todo verdad.

¿Cambiarías algo?

Mi vida, me dijo, pero entonces no tendríamos historia.

Me fijé que habló en plural y eso me pareció bien.